

LA EXPEDICION DE LORD COCHRANE A CHILOÉ

Armando MORENO MARTIN
De la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

El presente estudio versará sobre un suceso poco conocido de las correrías del almirante inglés al servicio de la naciente República de Chile, Lord Thomas Cochrane. En esta parte de la historia nacional, correspondiente a su independencia y basada en la frustrada expedición a la isla de Chiloé, ha servido hasta ahora de única fuente la narración de uno de sus principales actores, el inglés John Miller, también al servicio de Chile. En ella se nos presenta un Cochrane impetuoso, desdeñoso, que en cierta forma subestima a sus rivales. Esta actitud resulta sin duda producto de su increíble y reciente victoria, alcanzada días antes, al lograr tomar por asalto la plaza fortificada de Valdivia. En esta nueva acción, Cochrane arremete contra toda lógica, y aun contra las opiniones de sus más cercanos colaboradores, en una aventura que no resiste ningún cálculo medianamente razonable. Ciertamente es que lo acontecido en Valdivia le proporcionaba seguridad para creer que podría repetir ese estupendo triunfo, pero, por otro lado, él, mejor que nadie, sabía que el factor sorpresa había sido su mejor aliado y que en el caso de Chiloé no iba a contar con ese valioso auxiliar.

Retornando a la narración de este hecho de guerra, se puede asegurar que en el día de hoy todo lo que se ha escrito sobre él descansa en las llamadas Memorias del general Miller (1). Si revisamos las obras, por ejemplo, del historiador chileno Diego Barros Arana (1830-1907): *Historia General de Chile y Las Campañas de Chiloé*, así como la *Historia de la Independencia de Chile*, escrita por el francés Claudio Gay (1810-1873); las Memorias de Lord Cochrane (1775-1860), y, para no fatigar más al lector, la publicación del almirante chileno Luis Uribe Orrego (1848-1914), titulada *Nuestra Marina Militar*, es fácil apreciar en todas ellas similitudes que delatan inequívocamente la misma fuente de inspiración, es decir, el general Miller. Obviamente, cometen idénticos errores que los que, deliberadamente, cometió este jefe inglés. Es curioso constatar cómo un incidente narrado por este autor, tan trivial como es el de *dos frailes fanáticos que lanza en mano y crucifijo en la otra alentaban a los chilotes a defenderse*, deja traslucir la secular rivalidad religiosa existente entre ingleses y españoles. No hay que olvidar que en esos tiempos los países protestantes eran tan ignorantes como fanáticos con respecto a los países católicos, así como éstos muchas veces lo eran con respecto a aquéllos.

(1) John Miller: *Memoirs of general Miller, in the service of the Republic of Perú*. 1.^a ed. London, Loneman, Rees, Orme, Brown and Green, 1828, 2 volúmenes.

El año siguiente apareció la 2.^a edición, más completa, y también su traducción castellana, realizada por el malogrado general español José María de Torrijos.

En esta obra las noticias históricas provienen directamente de William Miller.

En el curso de este ensayo intentaremos conseguir la mayor imparcialidad posible, tarea que no siempre resulta fácil, más cuando esta ecuanimidad descansa no pocas veces en documentos y narraciones de la época, y es sabido que no existen fuentes históricas cuyo contenido no sea parcial o tendencioso. El investigador deberá tener en cuenta estos intereses y parcialidades, estimándolos y sopesándolos en cada caso, descartando los posibles errores, usando únicamente lo que resulte útil a la verdad histórica.

Para una mayor claridad sobre el tema, hemos hecho la siguiente división:

- I. Fuentes de origen patriota.
- II. Fuentes realistas.
- III. Gestación.
- IV. Escenario.
- V. Los actores:
 - a) Patriotas.
 - b) Realistas.
- VI. El desembarco.
- VII. Epílogo.

I. Fuentes de origen patriota.

Se han utilizado básicamente las siguientes fuentes de información: Memorias del general Miller, de las que di cuenta anteriormente. Las Memorias de Lord Cochrane (2): en la fecha de esta publicación, Cochrane usaba el título de Conde de Dundonald, que le correspondía desde la muerte de su padre en 1831. Su primera edición en español está traducida del inglés en forma vulgar, restándole interés. De otro de los testigos de esta acción, William Bennet Stevenson, se han tomado algunas notas sobre lo que podríamos llamar sus recuerdos de veinte años de residencia en la América del Sur (3). Stevenson desempeñaba en esas circunstancias el cargo de secretario privado de Lord Cochrane, ya que su conocimiento del idioma español y los años que llevaba en esa parte del continente lo hacían un colaborador indispensable para el exigente Lord.

Francisco Vidal, teniente entonces y más tarde general y presidente del Perú, es otro de los testigos de esta contienda que merece ser tomado en cuenta. Al igual que los anteriores, no resistió al embrujo de escribir sus memorias (4), que han sido de gran utilidad para entender algunos pasajes oscuros de la narración de Miller.

(2) Conde de Dundonald: *Servicios navales que, en libertar al Chile y al Perú de la dominación española, rindió el Conde de Dundonald*. Londres, James Ridway, 1859.

(3) W. B. Stevenson: *A historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America*. London, Hurts, Robinson, and C.º, 1825, 3 vols.

(4) Emilio E. Rosas Cuadros: *El Prócer Francisco de Vidal y su contribución a la emancipación del Perú*. Lima (Perú), 1971.

Las memorias de Vidal fueron publicadas en Lima, en 1855.



Lord Thomas Cochrane.

No deja de tener su encanto el conocer íntimamente los entresijos de esta aventura, y para ello nos hemos valido de las memorias del coronel francés al servicio de Chile, Jorge Beauchef (5). Curiosa la mentalidad de este oficial, que nunca pudo entender por qué los españoles se obstinaban en luchar en contra de los ideales de la independencia americana, como tampoco logró entender, cuando formaba parte del ejército invasor de Napoleón en España, por qué los españoles luchaban por su independencia. Los trece meses de cautiverio en la península explican sin duda su odio a todo lo hispano. Sin embargo, sus escritos, en general, pueden tildarse de imparciales y justos, exceptuando, como se ha dicho, la parte referente en forma directa a lo español.

Las obras ya mencionadas de Barros Arana, es decir, su *Historia General de Chile* (6) y *Las Campañas de Chiloé* (7), publicada esta última en 1856, cuando aún vivían algunos testigos de estos acontecimientos, aportan puntos de vista diferentes a los de Miller, aunque finalmente no logra sustraerse a la influencia de su versión.

II. Fuentes realistas.

A juicio de Diego Barros Arana, la obra del aragonés Mariano Torrente (1792-1856) *Historia de la Revolución Hispanoamericana* (8), es la publicación más parcial e injusta de cuantas se hayan escrito sobre esta materia. A pesar de esta crítica tan dura, Barros Arana reconoce que la obra merece ser leída con cuidado. *Es una obra considerable por su extensión, por el conocimiento regular de los hechos y por el método con que están expuestos. Se encuentran en ella noticias que en vano se buscarían en otras partes; y dejando a un lado las apreciaciones casi siempre injustas, y las acusaciones dictadas por la pasión más ciega y desenfrenada, hay en su conjunto un fondo general de verdad que no puede desconocer el que la lee con calma y con un propósito de estudio* (9).

Las memorias del entonces coronel de Infantería y gobernador de Chiloé, Antonio de Quintanilla y Santiago (1787-1863), tituladas *Autobiografía del Mariscal de Campo don Antonio de Quintanilla*, fueron escritas en Madrid en 1854, cuando su autor tenía sesenta y siete años de edad y su salud había empezado a flaquear, como resultado de su prolongada y agitada vida militar.

(5) Guillermo Feliú Cruz: *Memorias Militares para servir a la Historia de la Independencia de Chile, del coronel Jorge Beauchef*. 1817-1829 y Epistolario (1815-1840). Santiago de Chile, 1964. Editorial Andrés Bello.

(6) Diego Barros Arana: *Historia Jeneral de Chile*, Santiago, Rafael Joner Editor, 1884-1902, 16 vols.

(7) Diego Barros Arana: *Las Campañas de Chiloé* (1820-1826). Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1856.

(8) Mariano Torrente: *Historia de la Revolución Hispano Americana*. Madrid, 1830, 3 vols.

(9) *Colección de Historiadores i de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, tomo III, página VI-VII. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1900 (XLIII volúmenes publicados).

Quintanilla nunca publicó estas memorias, sin duda por las necesidades económicas que padeció desde su llegada a la península en 1827 procedente de Chile, donde había pasado veinticinco años y donde había contraído matrimonio con una dama natural de Chiloé. En su *Advertencia* nos indica las razones que tuvo para no dar a la prensa tan importante aporte a la historia de la independencia de Chile: *Yo escribí mi biografía porque es de moda que muchos generales den al público impresas las suyas y que las redacten como si lo fueran por segunda persona, cuya certeza es inverosímil, atendiendo a que los más de los hechos que en ello constan, sólo pueden ser sabidos por los mismos interesados. Yo, sin embargo del interés que me pudiera resultar de ensalzar mis servicios, diré la pura verdad. No pienso darla a la prensa porque, además del costo que me sería gravoso, observo que las obras de esta especie sólo son leídas por los interesados de la misma familia y algún otro amigo, que si no lo es verdadero, sólo lo hace por criticar los hechos que en ella constan* (10).

Desgraciadamente, no son muchas las noticias que suministra Quintanilla sobre el hecho de armas que nos interesa. Se explayó más con el historiador Mariano Torrente, a quien proporcionó gran cantidad de datos sobre los sucesos ocurridos en las islas durante los nueve años de su gobierno (1817-1826). Su capítulo dedicado a la derrota de Lord Cochrane es reducido, aun así permite unir eslabones sueltos y aclarar los puntos arbitrariamente tejidos por Miller. Deseamos que aún existan los manuscritos con la autobiografía de Quintanilla, y que se encuentren, como suponemos, en España. En 1950 fueron ofrecidos en venta a la embajada de Chile en Madrid, por alguien que se identificó como descendiente del antiguo gobernador de Chiloé. Su elevado precio impidió que esa representación diplomática pudiera quedarse con los valiosos manuscritos.

La larga permanencia del coronel madrileño José Rodríguez Ballesteros (1778-1851) en el archipiélago de Chiloé, y el hecho de haber vivido en Chile la mayor parte de su vida, confiere una importancia primordial a los hechos que narra, de que fue testigo y actor, en su obra titulada *Revista de la Guerra de la Independencia de Chile*, publicada por primera vez en Santiago de Chile en 1851, el mismo año de su fallecimiento. José Rodríguez Ballesteros, coronel del Ejército Real de Chile, hijo de Juan Rodríguez Ballesteros, regente de la Real Audiencia de Chile y gobernador interino de Chile durante tres meses, es, sin duda, un escritor cualificado para relatar imparcialmente los numerosos episodios en que le cupo actuar desde 1813 hasta la capitulación de Tantauco en enero de 1826, que puso fin a la dominación española en Chiloé. Dedicó diecisiete páginas al tema que nos interesa, gran parte de ellas a refutar a Miller y a rectificar a Torrente (11).

(10) Antonio de Quintanilla: *Autobiografía del Mariscal de Campo D. Antonio de Quintanilla*. José Toribio Medina: *Estudios históricos biográficos críticos y bibliográficos sobre la Independencia de Chile*. Compilados y ordenados por Guillermo Feliú Cruz, 4 tomos (tomo IV, pág. 203). Santiago de Chile, 1965.

(11) José Rodríguez Ballesteros: *Revista de la Guerra de la Independencia de Chile*, publicado en la *Colección de Historiadores i de Documentos relativos a la Independencia de Chile* (tomo V, VI, XI, XXXII, XXXIII y XXXIV). Santiago, 1900.

Muy útiles han sido las hojas de servicios que se conservan en los expedientes personales de los coroneles Tomás Plá y José Hurtado; del brigadier Saturnino García Fernández, así como las de los citados Quintanilla y Rodríguez Ballesteros. Toda esta valiosa documentación se custodia en el Archivo General Militar de Segovia, en España.

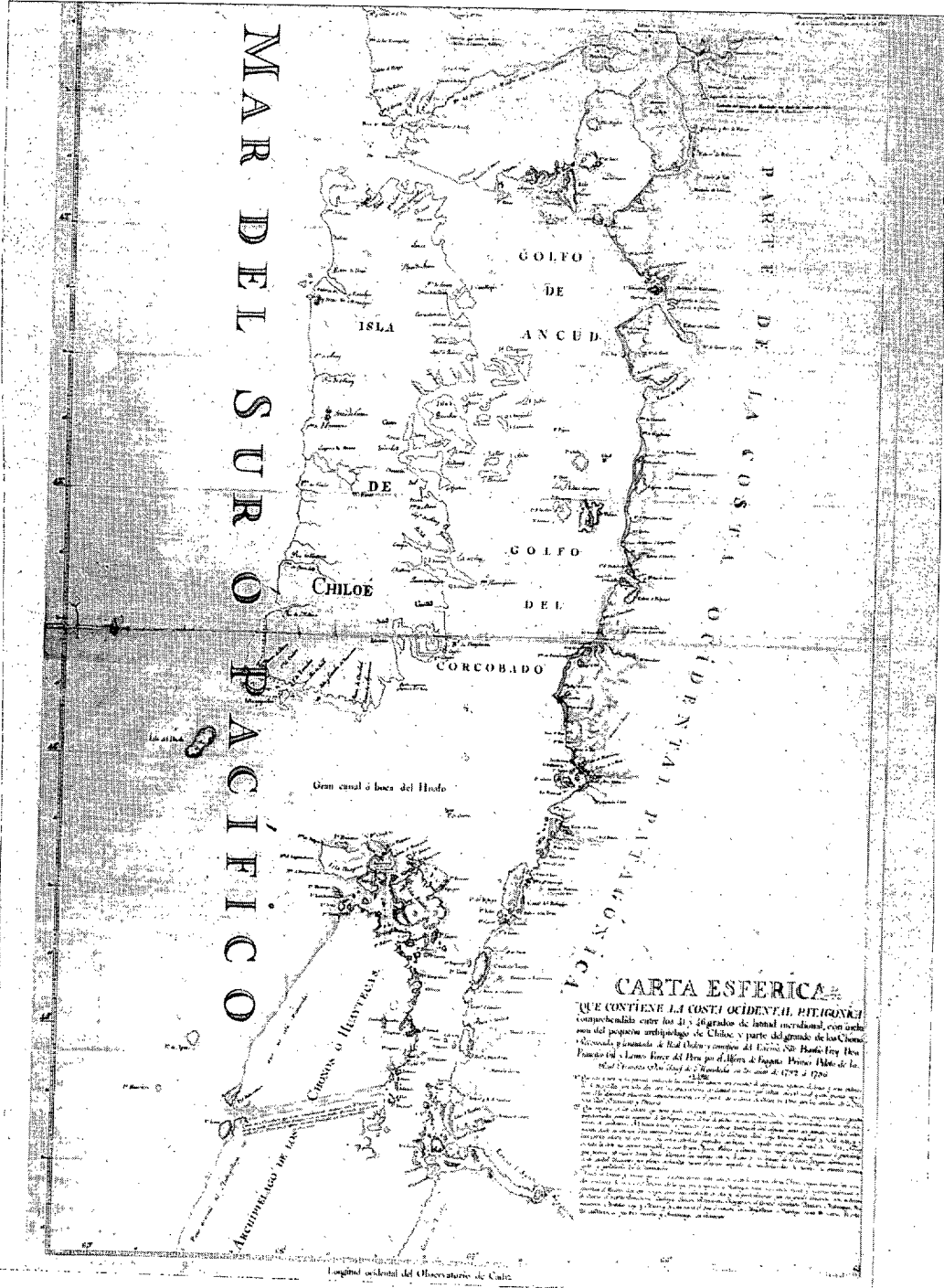
III. Gestación.

Existe la creencia generalizada de que Cochrane tuvo la idea de efectuar una incursión sobre el archipiélago chilote después de su victoria en Valdivia. Sin embargo, una carta de este marino dirigida al entonces Director Supremo de Chile, Bernardo O'Higgins, fechada en la bahía de Talcahuano el 20 de enero de 1820, disipa toda duda al respecto: *A las 12 del día levaremos ancla para marchar a Valdivia o Chiloé, según que el viento sea favorable para dirigirse al uno o al otro punto. Creo, sin embargo, que nos apoderaremos primero de Valdivia, porque es el punto más fuerte y el más importante* (12).

El 3 de febrero de 1820 las legendarias e imponentes fortalezas que defendían Valdivia, con 120 cañones de grueso calibre y una docena de fuertes o castillos estratégicamente emplazados en diversos lugares de la costa, cayeron en pocas horas al embate de poco más de 400 hombres. La mayor parte de los defensores realistas lograron huir por tierra en dirección a Maullín, avanzada meridional de la provincia realista de Chiloé. En este lugar, el gobernador Quintanilla, enterado oportunamente de la caída de Valdivia, había dado instrucciones terminantes de contenerles, impidiéndoles que continuaran con su huida hacia el sur, y obligándoles a reorganizarse con el ánimo de reconquistar Valdivia, pues, a su juicio, constituían fuerzas suficientes para acometer semejante empresa.

Cochrane, disconforme con su triunfo, no perdió el tiempo. Habiendo tomado las disposiciones necesarias para mantener el orden y la seguridad en la recién conquistada Valdivia, mantuvo una larga conversación con el mayor Beauchef, para pedirle su opinión sobre la idea que tenía de efectuar una incursión sobre Chiloé con 160 hombres de su destacamento. Beauchef, oyendo este plan de labios de Cochrane, no pudo hacer otra cosa que manifestarle su asombro, y expresarle con toda franqueza que su proyecto le parecía impracticable, primero, por las pocas fuerzas disponibles —acababan de enterarse que en la reciente toma tenían 39 hombres menos entre muertos y heridos—, y segundo, porque los fugitivos habrían avisado al gobernador Quintanilla de lo ocurrido en Valdivia, antes de que pudiera llegar la expedición. No se necesitaban más de cuatro días de marcha desde Los Llanos (entre La Unión y Osorno) para alcanzar Chiloé, donde los realistas tenían buenos caballos, e incluso podían cubrir en menos tiempo ese camino. Prevenido Quintanilla, continuaba Beauchef, se corrían grandes riesgos de perder lo conquistado, y aun en el caso de apoderarse del archipiélago, no sería posible

(12) Archivo Nacional de Santiago de Chile: Archivo Vicuña Mackenna. LXXXIX.



Carta esférica, que contiene la costa occidental patagónica, realizada por José Moraleda y Montero (1792-1796) (Museo Naval, Madrid).

conservar estas dos plazas con 200 hombres. Seguramente perderían todo poniendo 160 hombres a su disposición, pues, ¿de qué manera, con el resto de las fuerzas se podría defender o mantener Valdivia? Cochrane, que hasta ese momento había escuchado atentamente a su interlocutor, contestó a Beauchef que sus intenciones no eran apoderarse del archipiélago, sino sólo apresar un barco español que sabía se hallaba en San Carlos, y que por lo demás no emplearía en esta expedición más de ocho días, al término de los cuales estaría de regreso en Valdivia. Beauchef, de todos modos, no cambió de opinión, y volvió a insistir en que retirar de Valdivia 160 hombres era arriesgado, pero que en todo caso estaban a sus órdenes y listos para marchar cuando él lo estimase conveniente. El militar francés daba por seguro que Cochrane lo llevaría en esta expedición, y dejaría a Miller al mando de la plaza. Pero sufrió otro contratiempo, pues Cochrane había resuelto exactamente lo contrario. Después de esta conversación, el marino inglés se dedicó de lleno a hacer los preparativos necesarios para llevar a cabo su proyectada conquista del archipiélago chilote.

Cochrane, sin duda obnubilado por su reciente victoria, no estaba en condiciones de cambiar de opinión ni de escuchar razonamientos adversos a su proyecto, por atinados que fueran. Los temores de Beauchef, que le motivaron a emitir pareceres tan francos como negativos a los planes de Cochrane, tenían evidentemente sólidos fundamentos. Antes del asalto a Valdivia, su guarnición estaba compuesta por una dotación de 600 soldados y sus oficiales. Cien de ellos pueden computarse como bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. El resto de la guarnición realista, según se indicó anteriormente, se había retirado de forma presurosa pero ordenada, en dirección sur, es decir, Chiloé. Si se percataban de lo escaso de las fuerzas patriotas empleadas en el asalto y de la apreciable merma de estos efectivos, causada por la nueva expedición, los 150 hombres que restaban serían incapaces de contener con éxito un intento de los realistas para recapturar Valdivia. Afortunadamente para la causa patriota, sus adversarios ignoraban estos detalles, y no se detuvieron en Osorno, continuando su marcha al sur. Estas reliquias del antiguo Ejército Real de Chile estaban encabezadas por el ex gobernador de Valdivia, el coronel Manuel Montoya, hombre de más de setenta años de edad, medio inválido y en precario estado de salud, tanto así que fallecería de muerte natural poco tiempo después.

Apartándonos un poco del tema central, resulta interesante agregar que entre otros jefes y oficiales estaban: Clemente Lantaño, Juan Santalla, Gaspar Fernández de Bobadilla, Juan M. Carvallo, y los tenientes Miguel de Senosoain y Francisco Narváez. Senosoain sería el último defensor de los colores de España en Chile, tal vez en toda América continental, pues capituló en 1827. Posteriormente regresó a la península, en donde continuó su carrera militar, alcanzando al fin de su vida el grado de teniente general de Caballería. Falleció en Madrid en 1864. Mayor importancia tendría, años más tarde, en España, el entonces teniente Francisco Narváez Borghese:

teniente general, Conde de Yumurí, Marqués de la Compuerta y Ministro de la Guerra entre 1839 y 1840.

Continuando con nuestro tema, si retrocedemos un poco en el tiempo nos daremos cuenta de la trascendencia que tuvo para Cochrane la captura del bergantín español *Potrillo*, realizada el 19 de enero de 1820, es decir, dos semanas antes del asalto a Valdivia. Esta presa le supuso adueñarse de veinte mil pesos en plata y cuarenta mil en pertrechos. Su comandante Jerónimo Romero, y el piloto Pedro Argain le entregaron valiosas cartas de navegación, entre ellas el plano del puerto de San Carlos de Chiloé (hoy Ancud), realizadas por el destacado cartógrafo y marino español José de Moraleda. Este hecho, y la circunstancia de haber encontrado en la gobernación de Valdivia cartas de Quintanilla a Montoya, en donde según parece el primero manifestaba sus temores de una revuelta en las islas, sirvieron para convencer aún más al Lord inglés de su descabellado plan sobre Chiloé, pensando sin duda que aunque llevara pocas tropas para esta empresa, la población en masa se sublevaría en contra de los representantes de la Corona de España (13).

Cochrane, sabiendo por experiencia lo que significaba el factor sorpresa, aceleró todavía más sus preparativos, y pudo al fin levar anclas del puerto de Valdivia el 13 de febrero. Su fuerza naval consistía en dos buques. Uno de ellos era la goleta *Montezuma*, de 200 toneladas de desplazamiento, artillada con siete cañones, que había sido capturada a los realistas en las costas peruanas cercanas al Callao por el mismo Cochrane. Meses más tarde de dicha captura, tendría cierta importancia en la llamada *Expedición Libertadora del Perú*—que como es sabido fue organizada por Chile—, sirviendo entonces de residencia flotante al general José de San Martín. En enero de 1823 fue utilizada nuevamente como buque insignia, esta vez por Cochrane. La otra nave que participaba en la expedición a Chiloé era la fragata mercante *Dolores*, apresada por segunda vez en Valdivia. Dos años antes había formado parte del convoy encabezado por la fragata *María Isabel*. Fue capturada por primera vez el 11 de noviembre de 1818 por la escuadra chilena, y una sublevación de sus tripulantes le permitió huir de sus captores en Talcahuano, trasladándose a Valdivia y recobrando los colores hispanos (14). Estaba conceptuada como una hermosa fragata de tres palos, y en la incursión contra Chiloé iba comandada por el capitán inglés Thomas Carter.

IV. Escenario.

La extensa zona situada al noroeste de la llamada isla grande de Chiloé estaba en esa época defendida por una serie de baterías y pequeñas fortalezas

(13) Conde de Dundonald: *Servicios navales que, en libertar al Chile y al Perú de la Dominación Española, rindió el Conde de Dundonald*. Londres, 1859, págs. 35 y 46.

(14) Joaquín de la Pezuela: *Memoria del Gobierno de Joaquín de la Pezuela, Virrey del Perú*. Sevilla, 1947.

emplazadas en lugares estratégicos, teniendo como único fin defender la entrada al puerto de San Carlos de Chile, o de Ancud, que es como se le conoce desde 1834. Las acciones bélicas desarrolladas en este primer intento patriota de anexionar esta provincia al gobierno de Chile, cubren únicamente la costa septentrional de la península de Lacui, es decir, la bahía de Guapacho, que abarca desde la punta de Huechucuicui por el poniente, hasta el cabo de Guapacho por el oriente. Desde este último punto se continúa al sur hasta llegar a la llamada punta de Ahui, comprendiendo la península de Guapilacui y las playas de Corona y Yuste.

Sería innecesario detallar las diversas fortificaciones que defendían San Carlos, y nos limitaremos a citar la batería *Corona* y el castillo de Ahui. La *Corona* era en realidad un punto avanzado de observación, incapaz de resistir ni por su topografía ni por su tamaño, y menos aún por su artillería ni por el número de sus defensores, un enfrentamiento terrestre, por reducido que fuera el número de sus atacantes. Su armamento consistía en dos cañones de regular calibre, y no tuvo presencia histórica en las expediciones patriotas de 1824 y 1826. El castillo más importante de toda la provincia de Chiloé es el de San Miguel de Ahui. Ahui, que en lengua indígena significa *punta derecha*, está localizado en un promontorio muy bien escogido, a poco más de treinta metros sobre el nivel del mar, cerca del cual tenían que pasar forzosamente los buques que se dirigían a San Carlos, para evadirse de las corrientes causadas por las fuertes mareas en el llamado *Bajo del Inglés* y la isla *Sebastiana*. Era capaz de contener treinta cañones, y su guarnición se hallaba a cubierto de sus atacantes por estar situada en un punto dominante. Las explanadas y el cuartel del fuerte estaban construidos en madera, que era abundante en la región (15). El fuerte sufrió en 1824 y también en 1865, con motivo de la guerra con España, importantes modificaciones en su estructura. Hoy en día se encuentra abandonado y en buen estado, aunque cubierto en gran parte por abundante vegetación. En la época de la expedición de Cochrane, este fuerte se hallaba protegido por un bosque impenetrable que lo resguardaba por el lado de tierra. Existía como única vía de acceso un estrecho sendero, vecino al mar y protegido por los cañones apostados en la parte alta del castillo. Aunque distaba mucho de tener las importantes apariencias de las fortalezas de Valdivia, en la práctica resultó ser más eficaz, no logrando los patriotas adueñarse de este recinto ni en 1820 ni en 1824, rindiéndose en 1826, después de la capitulación de la isla.

La península de Lacui, que es el lugar geográfico donde se desarrollaron las operaciones de Cochrane y Miller, tiene en líneas generales unos quince kilómetros de oriente a poniente, y seis kilómetros de norte a sur. Es ligeramente montañosa, con elevaciones que rara vez sobrepasan los 200 metros, cubierto de bosques y predominando una tupida vegetación arbustiva. Su

(15) José Rodríguez Ballesteros: *Revista de la Guerra de la Independencia de Chile*, publicada en la *Colección de Historiadores i de Documentos relativos a la Independencia de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, tomo V, pág. 366.

costa norte es limpia y enmarcada por una playa de seis kilómetros de largo, en cambio su litoral occidental está batido incesantemente por fuerte oleaje y bravos vientos que hacen imposible cualquier tipo de desembarco.

La geografía ha sufrido cambios importantes en esa región con el transcurso de los años, pero al contrario de lo sucedido en otras partes, la acción del hombre ha sido menos significativa, limitándose a la tala de árboles y limpieza de terrenos, con el fin de habilitarlos para la ganadería y la agricultura. La mano de la naturaleza ha sido decisiva e implacable, especialmente con los movimientos telúricos de mayo de 1960, que hundieron la costa oriental de la península de Lacui casi cinco metros, aunque no falta quien dice que fueron diez. No conocemos los datos oficiales, pero se puede afirmar que las marchas realizadas por los patriotas por la playa de la Corona hasta el castillo de Ahui serían impracticables en el día de hoy.

V. Los actores.

a) *Los patriotas:*

El comandante en jefe de esta expedición era el marino y aventurero inglés Lord Thomas Alexander Cochrane, con el título de vicealmirante de la escuadra chilena, pues el de almirante estaba reservado al Director Supremo, es decir, al general Bernardo O'Higgins. Cochrane, hijo del noveno Conde de Dundonald, Archibald Cochrane (1749-1831) y de Anna Gildchrist, nació en Annsfield (Escocia) el 14 de diciembre de 1775. En 1793 se incorporó al navío *Hind*, que comandaba su tío. Realizó sus viajes de guardiamarina en esta embarcación, enviada a una expedición de vigilancia de las costas de Noruega, donde se pensaba que podrían encontrarse corsarios franceses. Posteriormente fueron transferidos su tío y él a la *Thetis*, que realizó una larga travesía a América del Norte. En 1795 el almirante Murray lo designó para actuar como tercer teniente, logrando un año después el grado de teniente en propiedad. A finales de 1798 fue destinado a la gran flota del Mediterráneo, que estaba comandada por el Conde de St. Vicent y luego por Lord Keith, en cuyo barco tomó parte en el bloqueo de Cádiz y en muchas otras operaciones de guerra con la escuadra. En Nápoles conoció a Nelson, quien dejó en él una impresión imborrable. El 28 de marzo de 1800, Cochrane obtuvo su primer mando de un buque, la pequeña corbeta *Speedy*, de 158 toneladas, armada con 14 cañones de cuatro y con una tripulación de 84 hombres y 6 oficiales. Fue destinada a la persecución de corsarios y de barcos enemigos en el Mediterráneo, principalmente en las costas españolas. En los trece meses que duró la actuación de la *Speedy*, Cochrane consiguió apresar 50 buques, 122 cañones y tomar 524 prisioneros.

La aprehensión al abordaje de la fragata española *Gamo*, de 600 toneladas, 44 cañones y 319 tripulantes, en mayo de 1801 le permitió obtener su despacho de capitán. Dos meses más tarde la *Speedy* fue a su vez capturada, y

Cochrane hecho prisionero, siendo canjeado días más tarde por un capitán español (16). Cochrane por esa época se dedicó a la política, y su franqueza, no siempre exenta de exageraciones, le valió la animadversión del Almirantazgo. Poco después, en 1814, se vio envuelto en un escándalo en la Bolsa de Londres, siendo sentenciado a un año de prisión, multa de 1.000 £, y exposición en la picota por una hora (17). Estos problemas, agravados por la antipatía que por él sentían los miembros del Almirantazgo, le hicieron aceptar los ofrecimientos de José Antonio Álvarez Condarco de servir a la naciente República de Chile en la formación y organización de una escuadra, con el título de vicealmirante. Cochrane embarcó en Boulogne el 15 de agosto de 1818; viajaba acompañado de su mujer y de sus dos hijos, y llegó a Valparaíso por la vía del cabo de Hornos el 28 de noviembre de ese año. Falleció de muerte natural en Londres, el 31 de octubre de 1860.

Thomas Carter, comandante de la fragata *Dolores*, era un antiguo cadete de la Real Escuela Naval británica, capitán de la Marina de Chile desde el 26 de mayo de 1819. Comandante del *Intrépido* en la toma de Valdivia; comandante del *Araucano* en la Expedición Libertadora del Perú; obtuvo su licencia absoluta el 15 de octubre de 1821. Se le describía entre sus compañeros como *alegre, muy vivo, buen compañero y amigo de la botella* (18).

Guillermo Miller nació en el condado de Kent, en Inglaterra, el 12 de diciembre de 1795. Tuvo relevantes actuaciones en diversos escenarios bélicos en Sudamérica. Gran Mariscal del Perú en 1825, partidario de Andrés Santa Cruz en 1836. Falleció a bordo del H. M. S. *Naiad*, en el puerto del Callao el 31 de octubre de 1861. En esta expedición, como se verá, mandaría las fuerzas de desembarco.

Francisco Erézcano, de las partidas de Buenos Aires, seguía al mayor Miller en las operaciones de tierra. Se había hecho notar doblemente en la reciente toma de Valdivia: por su innegable valor, que no desmentiría en Chiloé y por su innecesaria crueldad, que le supuso ser procesado por Cochrane, a causa de haber degollado a dos oficiales españoles que en Valdivia se habían rendido a Vidal con la condición de que sus vidas fueran respetadas. Cochrane sabía por experiencia que individuos como Erézcano eran males necesarios en estas contiendas, y no titubeó en seleccionarlo para esta empresa. Al año siguiente (1821), y frente a las costas mexicanas de Acapulco, Cochrane tuvo un nuevo enfrentamiento con este oficial, que iba a bordo del *Valdivia*, ex *María Isabel*. Las pretensiones de Erézcano eran nada menos que asesinar a Cochrane y promover un motín con los marineros, apoderándose de las cajas de la escuadra. Descubierta la conspiración, Cochrane actuó enérgicamente. En el último momento, con las anclas fuera del agua, lo envió con un pliego

(16) En este extracto de la vida de Cochrane hemos seguido la obra de D. Alamiro de Avila Martel: *Cochrane y la Independencia del Pacífico*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1976, pág. 80 y ss.

(17) Alamiro de Avila: Op. cit., pág. 100.

(18) Gabriel Guarda O.S.B.: *La Sociedad en Chile Austral, antes de la colonización alemana* (1645-1845). Santiago de Chile, 1979, pág. 446. Editorial Andrés Bello.

al gobernador, en que le relataba toda la traición, fue así como este *traidor* (palabras de Cochrane) tuvo por fin su merecido. La escuadra salió sin él desde Acapulco con rumbo a Guayaquil y sin que desde entonces se vuelva a saber nada de este personaje (19).

Francisco Vidal y Laos, nacido en Supe, Perú, el 2 de abril de 1800; llegaría a general de división y presidente del Perú entre 1842 y 1843. Tuvo destacada actuación en Valdivia y una grave disputa con Erézcano, a causa del asesinato de los dos oficiales españoles. Vidal falleció en Lima el 23 de septiembre de 1863.

El total de los expedicionarios, incluyendo al personal de marina que permaneció a bordo, se puede estimar en 220 efectivos, 170 de los cuales fueron asignados a las operaciones de tierra.

b) *Los realistas:*

Encabeza esta lista el entonces coronel de Infantería y gobernador de Chiloé, Antonio de Quintanilla y Santiago. Nació en Pamanes, provincia de Santander, España, el 14 de noviembre de 1787. Fue nombrado por el Virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, gobernador de Chiloé el 20 de marzo de 1817, se hizo cargo de este puesto el 31 de mayo de ese año. Después de una obstinada resistencia, que se prolongaría hasta enero de 1826, rindió sus fuerzas al general chileno Ramón Freire. Regresó a España en 1827, y fue ascendido a mariscal de campo en 1839, gracias a las gestiones del ministro de Guerra Francisco Narváez, uno de los derrotados en Valdivia y antiguo subordinado de Quintanilla, quien falleció en Almería el 27 de diciembre de 1863. Admirado y respetado por sus adversarios, que tienen su efigie en un monolito en la antigua ciudad de San Carlos de Chiloé, permanece totalmente olvidado por sus compatriotas.

Saturnino García Fernández, comandante de las *Tropas Ligeras*, nació en la provincia de León, en España, el 4 de junio de 1789. Se embarcó con el regimiento *Burgos* el 6 de mayo de 1817, llegando al Callao el 19 de septiembre. Lo vemos en el puerto de Talcahuano procedente del Perú, en junio de 1818. Desembarca en Chiloé en octubre de ese año. Segundo cabo de la Comandancia General del archipiélago por resolución del Virrey Pezuela en 1819. Comandante de las fuerzas defensoras del castillo de Ahui, no tuvo ninguna presencia especial en el asalto, como tampoco la tendría el resto de los jefes y oficiales realistas. García falleció en Madrid el 4 de diciembre de 1854.

Antonio Manuel Garay Ardila, natural de la isla de León (San Fernando), en la provincia de Cádiz, nació el 15 de febrero de 1795. Veterano de las guerras contra Napoleón, donde fue hecho prisionero, logrando escapar el 1 de noviembre de 1813. Garay, que había ingresado en el ejército como soldado raso el 1 de octubre de 1812, se embarcó para América en Cádiz el

(19) Conde de Dundonald: *Servicios navales que, en libertar al Chile y al Perú de la Dominación Española, rindió el Conde de Dundonald*. Londres, 1859, pág. 184.

1 de marzo de 1816 por la vía de Panamá; al atravesar el istmo sufrió una epidemia, nada más recobrase continuó por mar al Perú, desembarcando allí el 12 de noviembre de ese año. Al año siguiente desempeñó en Lima cargos administrativos. Fue enviado a Talcahuano el 23 de junio de 1818, incorporándose a los restos del ejército del brigadier Mariano Ossorio. De guarnición en la isla Quiriquina, casi pierde la vida durante la sublevación de los reclusos. Meses más tarde fue destinado a Chiloé, permaneciendo allí hasta su capitulación. Garay regresó a España en 1828, y falleció como coronel en retiro, en Sevilla, el 9 de septiembre de 1869.

Tomás Plá, natural del reino de Valencia, nació en 1768. Tenía la graduación de teniente coronel de Infantería, debido a los reglamentos que impedían a los del arma de Ingenieros y Artillería ascender sin la antigüedad y sin la vacante. Plá militó en las filas realistas desde el comienzo de las operaciones que iniciaron la independencia de Chile. En 1813 se embarcó en Chiloé junto con el brigadier de marina Antonio Pareja, que acababa de llegar del Perú, desembarcando días después en Talcahuano y dando la entrada al principio de las hostilidades entre patriotas y realistas. A partir de entonces Plá estuvo presente en casi todos los eventos bélicos que se desarrollaron en Chile. En marzo de 1814 hizo prisioneros a los hermanos Carrera en las cercanías de Penco. En Chiloé y en la época del asalto de Cochrane estuvo en el castillo de Ahui, a cargo de la artillería. Al finalizar las campañas de Chiloé en 1826, Tomás Plá regresó a España, donde falleció el 12 de julio de 1837.

Concluyendo con la nómina de los defensores de la causa del Rey, mencionaremos a José Hurtado (José Hurtado de Mendoza y Torres), era natural de Lima y de familia acaudalada, tanto así que ésta prestó al Virrey Fernando de Abascal la enorme suma de doscientos mil pesos fuertes, como ayuda para hacer frente a los primeros conatos revolucionarios del Perú. Al igual que Tomás Plá, militó en la expedición del brigadier Pareja en 1813. Estuvo en Ahui durante el asalto a Chiloé. Al terminar la guerra permaneció en Chile y se casó con Micaela Baquedano. Murió sumido en la mayor miseria en Santiago, el 25 de junio de 1848.

VI. El desembarco.

En la mañana del 17 de febrero de 1820 las dos naves expedicionarias de Cochrane se aproximaron al poniente de la isla grande de Chiloé, frente a la playa de la Corona en la península de Guapilacui. Cochrane no había estado antes en Chiloé, pero traía a bordo varios chilotes y, como se dijo antes, excelentes cartas marinas de la región obtenidas al capturar el *Potrillo*. La llegada de estos barcos fue divisada de inmediato desde San Carlos y, por las maniobras de Cochrane, las autoridades de este puerto pensaron que el desembarco se efectuaría en ese punto. Para Quintanilla, la llegada de las fuerzas patriotas no era ninguna sorpresa, es más, la esperaba, pues desde el día 10 conocía la caída de Valdivia, y no dudaba que su isla sería el próximo objetivo. En pri-

mer lugar puso en pie de guerra a toda la provincia, logrando 600 efectivos. Concentró el armamento, víveres y municiones en los lugares más convenientes, y si bien era cierto que los patriotas no contaban con el factor sorpresa, ese aliado tan decisivo en Valdivia, tenían todavía a su favor la ventaja de escoger el sitio más adecuado de ataque, y de disponer de jefes, oficiales y tropa de gran poder combativo, fogueados, y con la moral muy alta. Tenían además el dominio del mar, con dos naves al mando de marinos de renombre.

El gobernador ignoraba el número de sus atacantes, y los calculaba erróneamente en poco más de cuatrocientos hombres. No queriendo exponerse a ser batido por zonas, resolvió mantenerse atento a la espera del desarrollo de los acontecimientos que no tardarían en presentarse. La fortaleza de Ahui estaba bien provista de víveres y de elementos de guerra, en cierta manera resultaba inexpugnable, y aun en el caso de que Cochrane pudiera abatirla, su sola posesión no implicaba la caída del resto del archipiélago.

Horas más tarde, estando cercana la puesta del sol, Cochrane dejó su fondeadero de Guapilacui y navegó unas cinco millas al poniente, anclando en una pequeña ensenada inmediata a la llamada punta de Huechucuicui. Estas maniobras iban sin duda encaminadas a desorientar a los realistas, impidiéndoles conocer el lugar del desembarco, y evitando así un enfrentamiento prematuro. También tenían por objeto reconocer la costa, calcular las distancias y las marchas, y en el caso de alguna eventualidad o imprevisto, saber con antelación cuál era el lugar más adecuado para el reembarque de las tropas. Cochrane descartó la posibilidad de pernoctar frente a Guapilacui, por estar relativamente cerca de Ahui y existir la posibilidad de un ataque por parte de los cañoneros que Quintanilla tenía en San Carlos, distante tan sólo tres millas del fuerte. La ensenada escogida por Cochrane para desembarcar la tropa, cercana a Huechucuicui, está situada a poco más de tres leguas (16,5 kilómetros) al poniente de Ahui, lo que obliga a una caminata de más de cinco horas por senderos malos y húmedos. Esta elección fue a la postre el principio del fin para los patriotas.

A eso de las ocho de la noche de ese mismo día, y una vez desembarcada toda la tropa, el mayor Miller inició su marcha con 170 hombres hacia el objetivo fijado, que no era otro que Ahui. A pesar de ser pleno verano y no estar tan avanzada la hora, la noche se inició precozmente, y con una oscuridad tan intensa que no permitía distinguir ningún objeto situado a más de tres pasos. Para agravar aún más esta situación, se levantó una fuerte marejada de inusitada violencia, rompiendo el oleaje contra la costa con tal estruendo, que anulaba el sonido de las voces de mando destinadas a dirigir la operación. Por esta narración, sacada de las *Memorias* de Miller, es fácil conjeturar que los expedicionarios tuvieron que seguir la línea de la playa Chaumán, bordeando la bahía de Guapacho. A estos inconvenientes, siguiendo la narración de Miller, se sumó otro de mayor importancia. El guía que los conducía, al alejarse de la costa para internarse por los senderos que llevaban a Ahui, erró su camino, no se sabe si por ignorancia o por traición. El baqueano dejó de serlo, y la columna se vio obligada a quedar vagando durante el resto de la noche.

Fácil es imaginar lo que debió haber sido esa marcha, verificada a tientas y sin orientación exacta. El camino se alargó considerablemente, y se perdió no sólo un tiempo precioso, sino también la posibilidad del ataque nocturno que se había calculado. Al comenzar el nuevo día, la senda pudo ser hallada y comprobado el hecho de que se habían internado en la península de Guapilacui, cercana a la batería de la *Corona*, bastante más al norte de Ahui. Miller, ante esta realidad, optó por dirigirse al fuerte o batería mencionada, cuyos cañones habían sido clavados por órdenes de Quintanilla, y su escasa dotación se había retirado a reforzar la guarnición de Ahui. A Miller no le quedó más remedio que aprovechar su forzada estancia en la *Corona* para concederles a sus agotados hombres una hora de descanso, y como alimento un poco de galletas y vino. Todo esto en medio de una lluvia torrencial, acota el subteniente Vidal, quien agrega: *con soldados mal equipados y mal vestidos*, dato que de ser verídico deja muy mal a los organizadores, Cochrane y Miller. Más lógico es suponer que, cuando el general Vidal escribió estas memorias, buscaba cualquier pretexto con el fin de atenuar o justificar esta derrota.

Esa misma mañana, es decir, el día 18, Quintanilla, que no se había movido de San Carlos, divisó los barcos de Cochrane frente a la punta de Guapilacui, es decir, en el mismo lugar en donde estaban el día anterior. Ignorando la marcha nocturna de Miller, supuso que el desembarco se había efectuado en las inmediaciones de la playa de la *Corona*. Esta discrepancia es fácil de conciliar, suponiendo, como se hizo, que Cochrane, alerta siempre y dispuesto para lo peor, había avanzado con los barcos hasta la *Corona*, situándose lo más cerca posible del campo de operaciones, para el supuesto caso de una retirada precipitada.

Quintanilla, que como señalamos disponía de 600 hombres y estimaba en 400 los efectivos contrarios, seguía dudando acerca del verdadero objetivo de los patriotas: ¿Ahui o San Carlos? Su temor era abarcar esa extensa zona, y al dividir sus fuerzas exponerse a ser batido en detalle. Ya más avanzada la mañana recibió una valiosa información: un desertor patriota, posiblemente un chilote, le proporcionó el dato que precisaba para tomar una decisión. El ataque patriota estaba destinado al castillo de Ahui. Sin perder más tiempo, despachó desde San Carlos las tropas que correspondían a las compañías del batallón *Veterano de Chiloé*, conjuntamente con su comandante Saturnino García. Simultáneamente, ordenó que en apoyo de estos refuerzos cruzara la bahía una lancha cañonera artillada con una pieza de 24 en la proa y otra de 8 en la popa. Las embarcaciones debían recorrer una distancia de tres millas, que es la que separa la población de San Carlos del fuerte de Ahui. Estos refuerzos no estaban destinados al fuerte mismo, sino a emboscarse en sus alrededores y tratar de sorprender a los patriotas por su retaguardia. La cañonera custodiaria el traslado de estas tropas y, una vez en la otra orilla, su misión consistiría en reforzar la entrada del fuerte y molestar a los atacantes por su flanco. Estos informes, entregados por Quintanilla, echan por tierra la versión de Miller y, por tanto, la de Cochrane, que le siguió en sus memorias en la parte del relato referente al desembarco en Huechucuicui. Según ellos,

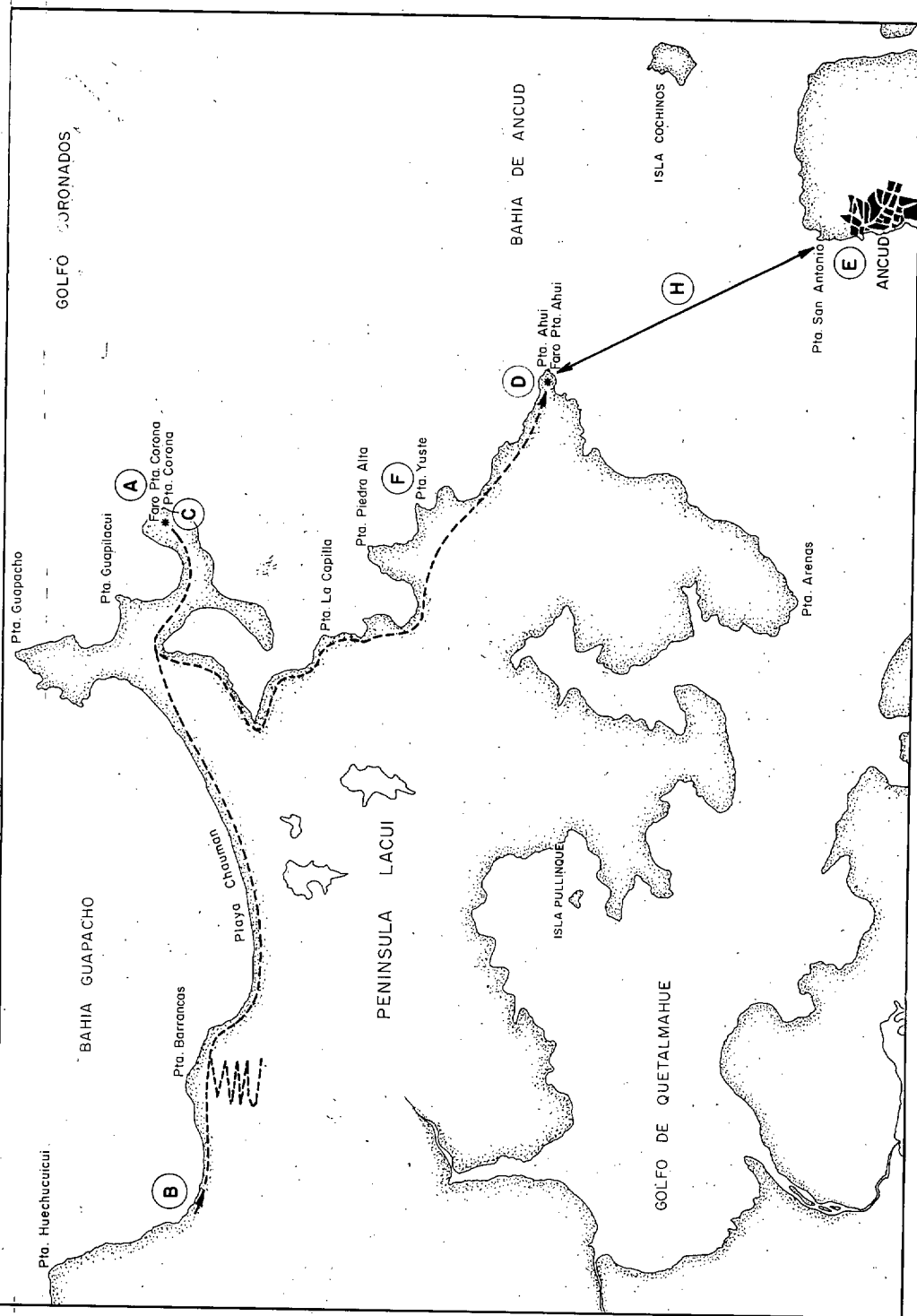
este desembarco se vio inicialmente entorpecido por 60 hombres de infantería y 30 de caballería, provistos de un cañón de campaña. El coronel realista José Rodríguez Ballesteros niega categóricamente este episodio. William Bennet Stevenson, secretario de Cochrane en esta expedición, no menciona para nada este suceso y tampoco lo hace Vidal.

Mientras tanto, Miller, a quien habíamos dejado descansando con sus hombres bajo una fuerte lluvia en la *Corona*, dio por finalizado el reposo y, ya avanzada la mañana, ordenó a sus tropas reanudar la marcha hacia Ahui. Basta mirar cualquier mapa de esta región para darse cuenta de la desatinada operación que significaba haberse desviado de su objetivo, con el fin de apoderarse de dos cañones y de una batería abandonada que no prestaba ninguna utilidad. Sin embargo, esta acción tiene, a nuestro parecer, una explicación. La fatigosa marcha nocturna, dando vueltas y más vueltas, sin saber dónde estaban hasta que aclaró, debió conducirlos muy cerca de la *Corona*, y en vista de estas circunstancias Miller, que no tenía cómo saber que aún seguía desmantelada, creyó más conveniente cerciorarse personalmente, evitando así la posibilidad de un ataque realista por la retaguardia. Esto también explicaría el porqué escogió para descansar este lugar y no otro anterior, pues temía, sin duda, una emboscada. La *Corona* se encuentra situada a unos 10 kilómetros al norte de Ahui, en otras palabras, a tres horas de marcha por esos senderos y playas.

La increíble facilidad con que fueron tomadas las fortalezas de Valdivia, el poco o ningún espíritu de lucha demostrado por sus defensores, siendo además numéricamente superiores en una proporción de cuatro a uno, debió influir poderosamente en el ánimo de Miller y de sus hombres, los que, con algo de cordura, debieron aceptar que la partida estaba perdida en Chiloé. El factor sorpresa ya no existía, y, justo es decirlo, en esta campaña no había existido nunca. Hasta el último de los hombres de Quintanilla conocía las maniobras efectuadas por Miller, y, por último, la proximidad de las cañoneras y otras lanchas que el gobernador había despachado poco antes desde San Carlos, visibles desde la *Corona*, indicaban a las claras que los adversarios conocían el objetivo final de los patriotas y estaban dispuestos a impedirselo.

Así como Cochrane en sus conversaciones con Beauchef se obstinó en ejecutar esta expedición, contra toda lógica y contra toda cordura, Miller actuó en forma aún más irracional, pues con todos los argumentos negativos a su vista y ninguno a su favor, ordenó frente a Ahui que ésta fuera tomada por asalto.

La única entrada a este fuerte la constituía una estrecha senda enclavada sobre el costado que da al mar y enfilada desde el castillo por diversas piezas de artillería. Este sendero ascendía en zigzag hasta terminar en la cumbre del promontorio, en donde se hallaba emplazado el castillo mismo, defendido en esos momentos por unos treinta hombres. Ya sabemos que Cochrane los estimaba en seiscientos, y Miller y Vidal en quinientos. De acuerdo con las fuentes realistas habría que agregar a esos trescientos defensores los doscientos que venían desde San Carlos en las cañoneras y lanchas, si bien es cierto que



A) Fondeadero de Cochrane. B) Zona de desembarco de los patriotas. C) Emplazamiento de la batería de la Corona. D) Castillo de San Miguel de Ahui. E) Fuerte de San Carlos. F) Lugar donde embarcaron los patriotas. H) Recorrido de las cañoneras de Quintanilla.

estos contingentes llegaron cuando ya la lucha estaba definida y los patriotas en franca huida. En cada uno de los ángulos de esta empinada subida se levantaba un pequeño parapeto destinado a la infantería, y por si esto fuera poco, este sendero estaba al descubierto hacia el lado del mar, pudiendo ser atacado o defendido, según fuera el caso, por este lado.

El asalto al fuerte mismo, de acuerdo con las versiones de sus principales actores, adolece de discrepancias no fáciles de resolver. Empezaremos por las de Miller, Vidal y William B. Stevenson.

Miller: *Durante el asalto se vieron en la muralla dos frailes, que, con lanza en una mano y crucifijo en la otra, animaban a la tropa a defenderse. A la violencia de aquellos fanáticos enfurecidos hacía un contraste muy ventajoso la sangre fría de los patriotas, cuyo valor parecía aumentar a proporción con el peligro. La arrogante intrepidez con que éstos atacaron merecía que la fortuna hubiese colaborado con sus esfuerzos; pero no teniendo la guarnición un punto por donde retirarse, mantuvieron su lugar a toda costa.* En esta parte del relato, Miller denigra innecesariamente a sus adversarios, al explicar el heroísmo de los chilotes como efecto, ya sea del fanatismo religioso o del hecho de que no podían escapar del lugar. Vidal, sin embargo, no se hace eco de estas opiniones. Reconoce que los realistas atacaron con furia. Stevenson, a su vez, nos señala: *La resistencia hecha en esta plaza por los naturales dirigidos por algunos religiosos fue una prueba convincente de que eran celosos defensores de la causa de España.* Según el cronista Rodríguez Ballesteros, en esa época sólo había dos religiosos en San Carlos: el padre Berruti y el padre Alcalde, el primero, capellán del batallón *Veterano* de aquella guarnición, inseparable de San Carlos, y el segundo, octogenario, retirado en su convento.

Continuando con la versión de Miller, él y 38 individuos, de los 60 que formaban el cuerpo de asalto, quedaron inmediatamente fuera de combate con una descarga general de metralla y fusilería. Veinte hombres quedaron en el sitio y la mayor parte de los otros fueron heridos mortalmente. El capitán Erézcano, que le sucedió en el mando, dispuso la retirada; *llevándose a los heridos, hizo clavar los cañones del fuerte que había tomado* (se refiere a la Corona), *inutilizando las cureñas y explanadas y demoliendo las defensas. Al ejecutar ese movimiento retrógrado de dos leguas (11 kilómetros), Erézcano y el subteniente Vidal rechazaron por tres veces los ataques de enemigos inflamados por el fanatismo y animados por el triunfo. Al fin los patriotas llegaron al punto en donde habían desembarcado (?), y todos los que aún conservaban la vida entraron a bordo.*

Según Vidal, el jefe de la Infantería de Marina, que era Miller, le ordenó que atacara con sus hombres. Vidal dice que le hizo ver la imposibilidad de efectuarlo por la accidentada topografía, pues el fuerte de Ahui se hallaba en la parte elevada. Pero Miller insistió, y Vidal fue lanzado a este ataque suicida con 66 hombres, un tambor y una corneta. *Una descarga de toda la artillería, infantería, y aun de las lanchas, me mataron* —dice el atribulado Vidal—, *como 50 hombres.* Con los pocos que le quedaban marchó de frente hasta ponerse bajo el fuego del castillo, y viendo lo inútil del supremo esfuerzo que se hacía, ordenó la retirada de sus compañeros de armas. La marcha se hizo

por encima de los cadáveres y bajo el nutrido fuego del enemigo. Asimismo logró salvar, en unión con el teniente Lamperte, a Miller y a varios patriotas heridos por metralla.

Versión de Stevenson: *Eligióse de nuevo al joven alférez Vidal para que mandase un destacamento avanzado de 24 hombres. Al subir la altura en que se alza el castillo de la Corona (sic) (debe decir Ahui) perdió 11 de sus soldados, ametrallados por la batería; ordenó enseguida al tambor que tocase a retirada, llevándose consigo a 3 soldados heridos, y a Miller herido también por un trozo de metralla que le había penetrado en el muslo. Ordenóse enseguida la retirada en las chalupas.*

Para conciliar estas versiones debemos suponer que de los 170 hombres, Miller avanzó con 60 y Vidal con 24, de los cuales, según propia confesión, murieron 38 de Miller y 11 de Vidal, lo que le permitiría a este último exclamar en sus *Memorias: me mataron como 50 hombres*, al considerarse al mando de los atacantes, por estar herido Miller.

Finaliza Miller: *El capitán Erézcano, que sucedió en el mando, dispuso la retirada; llevándose a los heridos, hizo clavar los cañones del fuerte y batería que había tomado (se refiere a la Corona), inutilizó las cureñas y explanadas y demolió las defensas.*

Hay que tratar de imaginarse la escena de la retirada: 60 muertos (datos posteriores de las fuentes patriotas), casi igual número de heridos, y los 50 hombres restantes intentando ayudar a sus compañeros y defendiéndose de los realistas al mismo tiempo; tanto así que el propio Vidal recibió un lanzazo en el pulmón, según su hoja de servicios. Una caminata de diez kilómetros, y además tiempo y ánimo para clavar cañones, inutilizar cureñas y explanadas y demoler las defensas, todo esto, en vez de preocuparse de no dejar abandonados en la playa 50 fusiles; ¡que tanta falta me hacían!, diría a este respecto Quintanilla.

El mayor Miller escapó con vida milagrosamente de esta carnicería; sus heridas eran graves y lo habían imposibilitado para valerse por sí mismo. Una bala de metralla le atravesó el muslo izquierdo, y otra de a 4, disparada desde una de las lanchas cañoneras que defendían el fuerte desde el mar, dio contra un cohete que sostenía en sus manos, evitando que el proyectil le volase la pierna, pero fracturándole los huesos del empeine del pie derecho. Poco después era llevado en andas por sus hombres cuando recibió una tercera herida.

La situación se había hecho insostenible, y si los realistas se hubiesen percatado del caos que reinaba en las filas patriotas, les hubiera bastado una salida organizada para obligar a los que aún resistían a rendirse a discreción. Felizmente para Miller y sus compañeros, sus adversarios estaban compuestos por chilotes inexpertos que, al decir de Quintanilla *nunca habían oído silbar una bala.*

La lucha había terminado, y los patriotas estaban en plena retirada cuando aparecieron las embarcaciones que Quintanilla había enviado desde San Carlos; ésta es la razón por la que el comandante Saturnino García no llegó a desenvainar el sable.

Mientras tanto, Lord Cochrane les esperaba impacientemente y en medio de la mayor impotencia; sus 50 hombres eran indispensables para las maniobras de los dos barcos y para ayudar a las fatigadas tropas a reembarcar, y lo peor de todo era que la mayor parte de su artillería había quedado en Valdivia, sin duda para dejar más espacio a los hombres y al material de guerra. Con todo, tenía listas las lanchas en la orilla, y una vez completado el embarque, ordenó darse a la vela de inmediato. Una hora más tarde, las dos naves eran sólo un par de puntos blancos en el horizonte.

Al leer la versión de Miller, se observará la importancia que le da al capitán Erézcano por su comportamiento en esta retirada; lo mismo hace Cochrane, que generalmente sigue a Miller en todo lo concerniente a esta expedición. En cambio, ni Vidal ni Stevenson mencionan para nada a dicho personaje. La razón es sencilla: Vidal nunca pudo olvidar la criminal actitud de Erézcano en Valdivia, y en su narración, con tal de omitirlo, se coloca como el segundo después de Miller, ordenando la retirada y ayudando a los heridos, entre ellos a Miller. Sin duda la vanidad influyó para darse una gran importancia en este hecho de armas, que realizó cuando aún no cumplía los veinte años de edad. La omisión hecha por Stevenson obedece, con seguridad, al mismo motivo: pensó, y con razón, que un individuo de la calaña de Erézcano no tenía cabida en esta historia.

VII. Epílogo.

Regresa de Chiloé el almirante Lord Cochrane. Con este encabezamiento el mayor Beauchef nos relata la llegada de Cochrane a Valdivia. *Ocho días más tarde llegó al puerto Lord Cochrane. Después que echó el ancla fui a bordo y, en el momento de darme la mano, me dijo: —Mi bravo mayor, Ud. tenía razón. Las cosas han andado muy mal en Chiloé. Sin embargo, destruí la fortaleza de la Corona, pero al presentarnos al fuerte de Agui, fui enérgicamente rechazado. El enemigo estuvo prevenido y la resistencia fue vigorosa. He perdido sesenta de sus bravos soldados y está herido el mayor Miller (20).*

A pesar de esto, el oficio que inicialmente envió Cochrane al gobierno de Chile, redactado al día siguiente a bordo de su nave *Montezuma* y mientras navegaba de Chiloé a Valdivia, reflejaba por su parcialidad y por la deliberada inexactitud de los hechos, el verdadero estado de ánimo del almirante inglés. He aquí su texto:

La desgraciada circunstancia de haberse varado el bergantín «Intrépido» el día que tuve la honra de dirigir a V. S. mi última correspondencia desde Valdivia, y perdido en aquel puerto sin viento ni marejada, por hallarse enteramente podrido, me privó de la mayor parte de la fuerza, y de los medios para la toma

(20) Guillermo Feliú Cruz: *Memorias militares para servir a la Historia de la Independencia de Chile*, del coronel Jorge Beauchef (1817-1829). Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1964, pág. 137.

de Chiloé. Sin embargo, determiné seguir con la goleta «Montezuma» y el transporte «Dolores», para cuyo mando se ofreció voluntariamente el capitán Carter, del «Intrépido», a fin de reconocer el puerto de San Carlos y ofrecer a los habitantes el auxilio que estuviese en mi poder, si se manifestaban inclinados a sacudir el yugo de Fernando.

Con esta mira se efectuó el desembarco en la bahía de Huechucucui en la tarde del 17. La tropa de tierra, y la Marina de la «O'Higgins» e «Intrépido», se posesionaron de las tres baterías exteriores, que defienden el puerto, desalojando con 30 soldados de infantería y 60 de caballería; pero perdiéndose después en el camino con la oscuridad de la noche, y por sendas casi intransitables, hicieron alto hasta la madrugada, a cuyo tiempo la milicia del enemigo capitaneada por frailes con lanzas y otras armas, se reunió en tal número en el fuerte de Ahui, que hizo impracticable la toma de este fuerte. Herido gravemente el valiente mayor Miller, el capitán Erézcano, de la partida de Buenos Aires, conforme a mis intenciones de no empeñarse demasiado, hizo retirar la tropa y regresó a bordo.

Habiéndola embarcado pienso regresar a Valdivia, cuya seguridad y la expulsión del enemigo de aquella provincia concibo más importante que establecer una guarnición en Chiloé. Debo añadir que la defensa exterior de San Carlos ha sido enteramente destruida por nosotros, que hay seguro anclaje y que Chiloé está a disposición de 500 hombres, cuando sea del agrado del gobierno de Chile incorporarlo a la causa de la libertad e independencia.

Toda la tropa se portó con el mayor valor; nuestra pérdida consiste en cuatro muertos y 10 heridos.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Chiloé y febrero 19 de 1820.—Cochrane Señor Coronel D. José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina.